

LA FUENTE DEL UNICORNIO  
Theodore Sturgeon



Este es el libro de cuentos más famoso de Theodore Sturgeon, y también el más variado. Incluye historias fantásticas (*La fuente del unicornio*), cuentos de ciencia ficción que ensancharon las fronteras del género (*Un plato de soledad*, *El mundo bien perdido*) y relatos de terror puro: *El osito de felpa del profesor*, *Una manera de pensar*, y, sobre todo, *Las manos de Bianca*, verdadero clásico que en 1947 ganó un importante premio de la revista inglesa Argosy, del que fue finalista Graham Greene.

*Los cuentos de Sturgeon tienen un impacto emocional que no logra casi ningún otro escritor* – Arthur C. Clarke

*Tú no lees estos cuentos: te suceden* – Groff Conklin

Theodore Sturgeon (Nueva York, 1918; Eugene, Oregón, 1985) empezó a escribir en 1939 mientras trabajaba como marino mercante, y en los veinte años siguientes publicó más de doscientos cuentos y varias novelas ya clásicas (*Los cristales soñadores*, *Más que humano*). Hoy está considerado uno de los mejores cuentistas norteamericanos del siglo.

A Marion.

Como ella nos corona,  
mi libro y yo podemos decir:

*Vaya a donde vaya,  
iré contento*

## Prologo

Quizá la mejor manera de expresar lo que pienso de un cuento de Theodore Sturgeon sea explicar con qué minucioso interés, en el año 1940, abría por el medio cada relato de Sturgeon y le sacaba las tripas para ver qué era lo que lo hacía funcionar. Hasta ese momento yo no había vendido ningún cuento, tenía veinte años y fiebre por conocer los enormes secretos de los escritores de éxito. Miraba a Sturgeon con secreta y persistente envidia. Y la envidia, tenemos que admitirlo, es para un escritor el síntoma más seguro de la superioridad de otro autor. Lo peor que se puede decir del estilo de un escritor es que te aburre; lo más elogioso que se me ocurre sobre Sturgeon es que odiaba su maldito y eficiente ingenio. Y como él tenía lo que yo andaba buscando, originalidad (cosa siempre rara en las revistas populares), no me quedaba más remedio que volver una y otra vez a sus cuentos, atormentado de envidia, para disecarlos, desmontarlos, reexaminarles los huesos. No sé si de veras descubrí alguna vez el secreto de Sturgeon. Es muy difícil cortar el gas hilarante con un bisturí. La gracia y la espontaneidad son muy evasivas, materiales brillantes y gaseosos que pronto estallan y se esfuman. Levantas la mano para señalar un latido de fuegos artificiales en un cielo de verano, gritas ¡Mira!, y bajas el brazo porque, mientras tratabas de tocarla, la maravilla se desvaneció.

Sturgeon tiene muchos de los atributos de una magnífica traca con un potente trueno final. Hay en sus cuentos luces de Bengala y maravillosas culebras y volcanes de inven-

ción, humor y encanto. Y antes de emprender el viaje por este libro y sus correspondientes maravillas, quizá te convenga hacerte una radiografía de las glándulas. Porque es evidente que el señor Sturgeon escribe con las glándulas. Y si no lees con las glándulas funcionando correctamente, este libro no es para ti.

Pero escribir con las glándulas es una ocupación precaria. Muchos escritores tropiezan con sus propios intestinos y caen a una muerte terrible, entre retorcidas masas de tripas, en las fauces de la negra y muy malvada máquina de escribir. Eso no pasa con Sturgeon, porque es evidente que sus vísceras, a medianoche, proyectan un increíble resplandor sobre todos los objetos cercanos. En un mundo de falsa solemnidad y enorme hipocresía, es maravilloso encontrar cuentos escritos no sólo con ese voluminoso objeto arrugado que hay por encima de los ojos sino, sobre todo, con los vigorosos ingredientes de la cavidad peritoneal.

Ante todo, Sturgeon parece amar la escritura, y deleitarse con relatos felices de ritmo trepidante. Es cierto que algunos de los cuentos incluidos en este libro no son monumentos a la alegría sino, aviesamente, fríos y verdes edificios de miedo. Hay que recomendar este libro a esos médicos oscuramente inescrupulosos que suelen despachar los violentos extremos de enfriamiento y calentura de sus pacientes diciendo que el resultado inevitable es la gripe.

No conozco personalmente al señor Sturgeon, pero desde hace algún tiempo sus cartas estallan en mi buzón, y después de algunos días de conjeturas he llegado a la conclusión de que el señor Sturgeon es un niño que se ha escapado de su casa un día de primavera y ha buscado refugio y alimento bajo un puente, un gnomo pequeño y brillante que usa pluma y tinta rápidas y papel blanco mientras escucha, allá arriba, el trueno de un mundo intemporal. Y ese gnomo increíble, bajo su estruendoso puente, al no poder ver el mundo secreto que le pasa por encima, se ha formado sus propios conceptos acerca de esa oculta civili-

zación. Allí arriba, ¿quién sabe?, podría ser el año 1928, o 2432, o 1979. Parte de la imagen que tiene está sacada de una manera de vivir que ha adivinado con divertida precisión a partir de los sonidos de las pisadas y de los ruidos y las voces de la gente que pasa por lo alto; el resto es pura fantasía e invención, un gigantesco carnaval distorsionado pero más real todavía a causa de su irrealidad. Nos vemos retratados en poses grotescas, en plena actuación.

Espero conocer algún día a Sturgeon. Iré a hacer alguna excursión a pie por el centro y el este, por caminos rurales y por senderos de sicómoros, y me detendré en cada puente a escuchar y mirar y esperar, y quizá una tarde de verano, en el silencio propio de esos días, miraré hacia abajo y al pie de un arco de esquisto encontraré al señor Sturgeon escribiendo con pluma y tinta. No será fácil encontrarlo, pues todavía no he entendido qué tipo de puente prefiere, si los puentes altos, metálicos y arquitectónicos como el de Brooklyn y el de San Francisco, o puentes de arroyo pequeños, olvidados, cubiertos de musgo, donde cantan los mosquitos y el silencio es verde. Cuando haya entendido las dos mitades de su escindida personalidad de escritor, iniciaré la caminata. Y si al llegar a algún puente solitario es de noche, reconoceré su escondite por el puro y brillante resplandor que emiten sus vísceras, que permitirá ver hasta el otro extremo del prado y la montaña más lejana.

Mientras tanto, felicito al señor Sturgeon diciendo que todavía lo odio.

Ray Bradbury  
Los Ángeles, 1948

## POSDATA

Después de muchos años, quiero contar cómo conocí a Sturgeon. No nos preguntamos si éramos relativamente pobres, pero el hecho de que hayamos elegido el viejo res-

taurante de máquinas expendedoras Horn y Hardart da una idea. Ambos introdujimos más o menos treinta centavos debajo de la ventanilla de varios cubículos que se abrieron y ofrecieron tostadas danesas, bollos o copos de maíz. Había sopa de tomate para hacer. Uno volcaba la botella de ketchup gratuito en un vaso, lo llenaba de agua caliente, y ¡sopa de tomate!

De lo que hablamos aquella tarde en el restaurante económico medio vacío fue, por supuesto, de literatura, de la suya y de la mía, ambas excelentes. Sturgeon pasó entonces a su principal amor, la música, y recomendó a cantantes ahora casi olvidadas como Corinna Mura e Yma Sumac, y después apuntó más alto y prometió volarme la cabeza con la *Tocata y fuga en do menor sostenido* de Bach. Los discos llegaron por correo unos días más tarde.

Terminado el modesto ágape, no quedaba más que ir a conocer el sitio donde vivía.

En el tercer piso del edificio, Ted abrió de golpe la puerta de su apartamento y con gran fanfarria me lo mostró.

Dentro, ¿qué vi? Una habitación sin alfombra o moqueta, pero totalmente ocupada por algo que iba de pared a pared, siete metros por siete, blando como una pluma: ¡un colchón!

Sturgeon sonrió como un padre (¿o amante?) orgulloso.

Una habitación, Dios mío, tan especial, inmensa e incitante. Trae a tu novia a casa, dile que entre, hazle una zancadilla y ¡zas! La noche de los Dioses.

—Ahorra tiempo —dijo Ted.

Ray Bradbury  
Los Ángeles, abril de 1999

## Índice

*La fuente del unicornio* es una recopilación de relatos cortos del genial autor Theodore Sturgeon, en su mayor parte poseen claras tendencias fantásticas y de terror.

En el primer relato, *La fuente del unicornio* (*The Silken-Swift*, 1953), se narra un singular cuento de hadas. Triste y perturbador a la vez.

El segundo relato, *El osito de felpa del profesor* (*The Professor's Teddy Bear*, 1948), es un excelente y compacto ejercicio de terror, donde se inventa un peculiar variante del vampirismo.

El relato *Las manos de Bianca* (*Bianca's Hands*, 1947) es probablemente el mejor relato del libro, trata de un hombre que desposa a una mujer poco agraciada, pero que cuenta con unas manos hermosas. Y pronto descubre que estas poseen una característica muy interesante.

El cuarto relato *Un plato de soledad* (*Saucer of Loneliness*, 1953) es un relato de ciencia ficción donde una historia es narrada por una mujer rescatada del suicidio, a su salvador.

En *El mundo bien perdido* (*The World Well Lost*, 1953), Sturgeon narra un hermoso y trágico relato de una pareja de extraterrestres que llegan a la Tierra. Con una sorpresa final.

En el relato *No era sicigia* (*It Wasn't Syzygy* (*The Deadly Ratio*), 1953, 1948) se cuenta un tormentoso relato romántico, o quizás no.

El séptimo relato, *La música* (*The Music*, 1953), es un micro-relato de media página. Compacto y cálido.

El siguiente relato, *Las cicatrices* (*Scars*, 1949), narra un western de un rudo vaquero que cuida de una mujer, al tener ella un accidente.

En el relato llamado *Fluffy* (*Fluffy*, 1947), Sturgeon desarrolla una ingeniosa narración, que gustara en particular a los amantes de los gatos.

En *Sexo opuesto* (*The Sex Opposite*, 1952) se investiga el extraño asesinato de unos siameses.

El siguiente relato es *¡Muere, Maestro, Muere!* (*Die, Maestro, Die!*, 1949)

El cuento *Compañero de celda* (*Cellmate*, 1947) es un misterioso relato, que no se vería fuera de lugar como script de un capítulo de *Expediente X*.

El último cuento de la recopilación tiene por nombre *Una manera de pensar* (*A Way of Thinking*, 1953), es una singular exploración del vudú.

## La fuente del unicornio

Hay un pueblo cerca de las Ciénagas, y en el pueblo hay una Casa Grande. En la Casa Grande vivía un escudero que tenía tierras y tesoros y, por hija, a Rita.

En el pueblo vivía Del, cuya voz era un trueno en la taberna cuando iba a beber; cuyo cuerpo fornido y musculoso tenía piel dorada y cuyo cabello lanzaba desafíos al sol.

En lo más profundo de las Ciénagas, que eran salobres, había una fuente con el agua más pura, protegida de la luz por sauces y álamos temblones, rodeada por orillas de musgo de un maravilloso azul. Allí crecía la mandrágora, y en verano se oían extraños trinos. Nadie los oía, salvo una tranquila muchacha cuya belleza era tan contenida que no se le notaba. Se llamaba Barbara.

La tarde era verde y el crecimiento de las cosas cortaba la respiración cuando Del echó a andar por el camino de siempre y pasó junto a la casa solariega y vio una sombra blanca detrás de la alta valla de hierro. Se detuvo y la sombra se acercó y se transformó en Rita.

—Da la vuelta hasta la entrada —dijo ella— y te abriré la puerta.

Llevaba un vestido como una nube y un aro de plata alrededor de la cabeza. Tenía la noche atrapada en el cabello, la luna en la cara, y en sus enormes ojos nadaban secretos.

—No quiero tener problemas con el escudero —dijo Del.

—No está —dijo la muchacha—. He despachado a los criados. Ve hasta la puerta.

—No necesito puerta.

Del saltó y aferró el travesaño más alto de la valla y, con un movimiento fluido y continuo, pasó por encima y aterrizó al lado de la muchacha. Ella le miró los brazos, uno, el otro; después el cabello. Se apretó con fuerza las manos pequeñas y soltó una risita; después desapareció entre los cuidados árboles, liviana, rápida, sin mirar atrás. Él la siguió, cada paso como tres de los de ella, sintiendo un nuevo latido en los lados del cuello. Atravesaron un macizo de flores y una amplia terraza de mármol. Había una puerta abierta, y después de cruzarla él se detuvo, pues no veía a la muchacha. En ese momento la puerta se cerró con un chasquido a sus espaldas y él se dio media vuelta rápidamente. Allí estaba ella, con la espalda apoyada en la madera, riéndose de él en la penumbra. Del pensó que entonces ella iría a su encuentro, pero al pasar a su lado lo esquivó, mirándolo a los ojos. Olía a violetas y a sándalo. La siguió hasta una sala grande, bastante oscura pero colmada por las luces tenues de la madera lustrada, el esmalte alveolado, el cuero labrado y los tapices con hilos de oro. La muchacha abrió otra puerta y se encontraron en una sala pequeña con una alfombra hecha de silencios rosados y una mesa alumbrada por velas. Había cubiertos para dos, cada uno con cinco diferentes copas de cristal y con tanta plata vieja como hierro había en la valla, allá afuera. Seis escalones de teca llevaban hasta una gran ventana ovalada.

—La luna —dijo la muchacha— saldrá por ahí para nosotros.

Lo invitó por señas a sentarse en un sillón y cruzó la sala hasta un aparador donde había varios botellones con vino tinto y blanco; uno de los botellones tenía dibujos de extraños abalorios castaños; otros, rosados y ámbar. Sacó el primero y sirvió la bebida en las copas. Después sacó las tapas de plata de las bandejas y un aroma mágico llenó el aire. Había exquisiteces ahumadas, mariscos raros y tajadas de aves de corral y bocados de extraña carne envueltos en

pétalos de flores, asados con frutos exóticos y pequeños y blandos caracoles marinos. Por todas partes había especias, cada una como una voz individual en el distante murmullo de una multitud: azafrán y sésamo, comino y mejorana y macis.

Del, asombrado, miraba todo el tiempo a la muchacha, viendo cómo las velas le dejaban la luz de la luna en la cara, y cómo ella confiaba por completo en las manos, que hacían todas aquellas destrezas como por impulso propio; estaba muy serena, a pesar de la risa silenciosa y secreta que le tiraba de los labios, de todos los misterios claramente oscuros que giraban y navegaban dentro de ella.

Comieron, y la ventana ovalada se puso amarilla y se oscureció mientras se fortalecía la luz de las velas. La muchacha sirvió otra copa de vino, y otra, y a medida que comían él y ella se fueron volviendo como mayo para el azafrán y como la escarcha para la manzana.

Del sabía que eso era alquimia, y se entregó sin dudarlo. Aquello que intencionadamente era demasiado dulce, se lo contrarrestaba con algo picante; la sed inducida era saciada con exquisita sincronización. Sabía que ella lo estaba mirando; sabía que ella era consciente del calor que él sentía en las mejillas y de las cosquillas que sentía en las yemas de los dedos. Su asombro aumentó, pero no tenía miedo.

En todo ese tiempo ella apenas habló, pero por fin terminó el banquete y se levantaron. La muchacha tiró de una cuerda de seda que había en la pared y los paneles se abrieron. La mesa se deslizó entrando en silencio en un ingenioso escondite y los paneles se cerraron. La muchacha lo invitó a sentarse en un sofá con forma de L que había en un rincón, y mientras él se acercaba ella se volvió y sacó el laúd que colgaba de la pared que tenía detrás. Del tuvo un momento de confusión; sus brazos estaban preparados para recibirla, pero no con el instrumento. A ella le brillaban los ojos pero no perdía la compostura.

La muchacha empezó a hablar, mientras sus dedos se paseaban y bailaban sobre el laúd y sus palabras entraban y salían de la música. Tenía mil voces, y Del se preguntó cuál sería realmente la de ella. Unas veces cantaba; otras tarareaba sin palabras. En ocasiones parecía muy lejana, desconcertada por el giro que tomaba la música, y a veces parecía oír los rugientes latidos de los tímpanos de Del y lo acompañaba con alegres síncopas. Cantó unas palabras que él casi entendió:

*La abeja a la flor, rocío de miel,  
la garra al ratón y la lluvia al árbol,  
la luna a medianoche, yo a ti;  
el sol a las estrellas, tú a mí...*

y cantó algo sin palabras:

*Ake ya rundefle, rundefle fye,  
orel ya rundefle kown,  
en yea, en yea, ya bunderbee tye  
en sor, en see, en sown.*

que casi entendió también.

Con otra voz diferente, ella le contó la historia de una enorme araña peluda y de una niña sonrosada que la encontró entre las hojas de un libro semiabierto; al principio Del sintió miedo y lástima por la niña, pero entonces la muchacha contó todo lo que sufría la araña, con la casa desbaratada por aquella gigante boquiabierta, y lo contó tan vívidamente que al final Del empezó a reírse de sí mismo y poco le faltó para echarse a llorar por la pobre araña.

Así pasaron las horas, y de repente, entre canciones, la muchacha cayó en sus brazos; e instantáneamente se desasíó y se alejó, y Del se quedó respirando con dificultad.

—No, Del —dijo ella, con otra voz, sobria y queda—. Tenemos que esperar a que salga la luna.

A Del le dolían los muslos, y se dio cuenta de que había empezado a levantarse, alargando los brazos y tratando de aferrar algo con las manos, sintiendo la extraordinaria tela del vestido de la muchacha aunque ya no la tenía entre los dedos; y se hundió de nuevo en el sofá emitiendo un sonido extraño y débil, inadecuado para aquella habitación. Flexionó los dedos y, a su pesar, la sensación de tejido blanco y vaporoso los abandonó. Al fin la miró, y ella se echó a reír y dio un gran salto y fue como si se detuviera en el aire un momento antes de descender a su lado, inclinarse y besarlo en la boca y alejarse de otro salto.

El rugido en los oídos de Del creció, y fue como si hubiese adquirido un peso tangible. Incluyó la cabeza, metió los nudillos en la curva superior de las cuencas de los ojos y apoyó los codos en las rodillas. Oía los dulces susurros del vestido de Rita mientras ella daba vueltas por la habitación; sentía las violetas y el sándalo. La muchacha bailaba, sumida en la alegría del movimiento y de la cercanía de Del. Producía su propia música, tarareando, a veces susurrando las melodías que tenía en la mente.

Después de un rato, Del se dio cuenta de que había parado; no oía nada, aunque sabía que estaba cerca. Levantó con esfuerzo la cabeza. Ella estaba en el centro de la habitación, agazapada como una enorme mariposa blanca, los ojos ahora muy oscuros con los secretos en calma. Miraba la ventana, preparada, esperando.

Del siguió aquella mirada. El enorme óvalo ya no era negro, sino que estaba espolvoreado de luz plateada. Despacio, Del se levantó. El polvo era una neblina, una presencia, y entonces, por un borde, apareció un fragmento de la propia luna, asomando y creciendo.

Como Del dejó de respirar, pudo oír la respiración de la muchacha; era rápida, y tan profunda que le rasgueaba levemente las versátiles cuerdas vocales.

—Rita...

Sin responder, la muchacha corrió al aparador y llenó dos pequeñas copas. Le dio una a Del.

—Espera —musitó—, ¡ay, espera!

Embelesado, Del esperó mientras la mancha blanca trepaba por la ventana. De repente entendió que debía quedarse inmóvil hasta que el gran óvalo estuviese totalmente lleno de luz lunar directa, y eso le ayudó, porque ponía un límite previsible a la espera; y también le produjo sufrimiento, porque nada en la vida, pensó, se había movido jamás con tanta lentitud. Tuvo un momento de rebelión, en el que se maldijo por haber aceptado ese ritmo tan complejo; pero entonces notó que la plata más oscura iba menguando, ahora tenía el ancho de un dedo, ahora de un hilo, y ahora, y *ahora*...

La muchacha soltó un crispado grito felino y saltó subiendo por los oscuros escalones hacia la ventana. Tan brillante era el resplandor que, a contraluz, el cuerpo de ella era un camafeo azabache. Tan delicadamente labrado estaba el vestido que Del veía las charreteras de luz plateada que le ponía la luna. Ella era tan hermosa que los ojos le escocían.

—Bebe —susurró la muchacha—. Bebe conmigo, mi amor, mi amor...

Por un instante no entendió, y sólo poco a poco se fue dando cuenta de que tenía una pequeña copa en la mano. La levantó hacia la muchacha y bebió. Y de todos los sabores y estímulos del paladar que había tenido esa noche, ése fue el más sorprendente, pues carecía de gusto, casi no tenía sustancia y su temperatura era casi exactamente la de la sangre. Miró la copa con aire estúpido y después miró a la muchacha. Creía que había dado media vuelta y lo estaba observando, pero no podía estar seguro, porque la silueta era la misma.

Y entonces se llevó la segunda e insoportable sorpresa, pues se apagó la luz.